

Felipe Gorriti en París

por

Javier Bello Portu

Hoy, más que nunca, los críticos y público en general, bien sea en música, pintura, literatura y otras manifestaciones, proceden por comparaciones, muchas de ellas, odiosas, y la mayor parte de las veces, estúpidas y sin base ninguna.

Wagner es más profundo que Beethoven; Brahms, más poeta que Schumann y más grandioso; Chopin, más romántico que Juan Strauss, el vienés; Flaubert, más pulcro y ordenado que Dostoievsky... Para qué seguir...

Estas gentes no conciben a un individuo, sea pintor, músico o poeta, como un ser humano, con su personalidad específica y característica, esto es: defectos, aciertos, titubeos; ese todo desconocido pero que es base y fundamento de sus manifestaciones, y así quieren hacer con la persona de un artista no existente, una especie de coctel sublime. Un todo que tuviese por partes a Bach, Beethoven, Wagner, y—por qué no—al maestro Alonso.

¿Por qué no aceptar a Schumann con su poesía, a Wagner con su lirismo mezclado con una pesadez plúmbea y disfrazada esta última de profundidad? Y, ¿Strauss, el de los vales, con su gracia y finura, y a Brahms, con toda su sabiduría y aburrimiento congénitos? Al artista hay que aceptarlo como es. A Beethoven con sus repeticiones y, los que se cansen, que no lo oigan; a Shakespeare con sus bufones, brujas 1.^a y 2.^a, pero con las frases henchidas de un lirismo no igualado por nadie, como en la escena del jardín cuando hace exclamar a Romeo, que ve a Julieta, versos como estos:

«Dos de las más resplandecientes estrellas
de todo el cielo,
teniendo algún quehacer,
ruegan a sus ojos que
brillen en sus esferas hasta
su retorno.

«Sus ojos lanzarían desde la bóveda
celeste unos rayos tan claros
a través de la región etérea,
que cantarían las aves,
creyendo llegada la aurora...»

A Dostoievsky, con sus extraños e incomprensibles personajes que se mezclan con criaturas angelicales.

Si alguno es de la opinión de que sus novelas no son un todo ordenado y pulcro, que lea a Flaubert o a algún otro estilista francés; y si asimismo opina que Dickens es largo y profuso y un poco destartado, puede leer a Pereda: encontrará orden, pulcritud y... un remedio eficaz contra el insomnio.

Esto en cuanto se refiere a las grandes figuras, porque cuando juzgan a los que nos son divos consagrados, les miran a los demás, con desdén olímpico.

Esta digresión pseudo-estética tiene por objeto el salir al paso de algunos juicios críticos emitidos por los que saben mucho: por los pontífices máximos, que cuando se ponen a hablar de personas no del todo conocidas, hay que ver qué cosas más atinadas dicen: «Como Carissimi no es tan grande como Palestrina, no es necesario estudiarlo». «Emyly Bronte no es de la altura de Thackeray, ¿para qué leerla?». Según estas gentes, aquel músico que no sea un segundo Beethoven, y aquel pintor que no sea un Zurbarán, no deben ser tenidos en cuenta.

Como Gorriti no es ningún Mozart, ni ningún Haendel, sino un músico sencillo, pero muy ilustre—como verá el lector más adelante—las gentes guiadas por las críticas de vista y alcance de topo, no reparan en lo que representa la figura de Gorriti en el ámbito en que se desarrolló.

Los críticos musicales españoles, ¿han visto las partituras que nos dejó el ilustre maestro de Huarte Araquil? Sospecho que no. Ahora bien; hay una honrosa excepción: Federico de Sopeña, en una crítica que hizo a un concierto dado por la «Escolanía Felipe Gorriti» de Tolosa, y refiriéndose a un «Magnificat de Difuntos» de Gorriti, interpretado en el mismo, decía, entre otras cosas, que era necesaria una revisión de la historia musical española de la segunda mitad del siglo XIX, pues con demasiada ligereza juzgan los historiadores este período y, así hablan únicamente de Eslava y la corriente italianizante que le sigue, sin reparar en Gorriti, figura original y cumbre de esa época, pues representa e inicia en España una orientación que se da la mano con las tendencias que siguen los maestros franceses que derivan de la escuela de César Franck.

Gorriti, admirador de Haynd, Mozart, Beethoven, Mendelsshon y Rossini, escribe páginas originales, llenas de belleza y muchas de las mismas, dignas de figurar al lado de las mejores producciones de sus maestros antedichos. Hablaba el lenguaje que le dictaban su corazón y sensibilidad; factores esenciales para el artista. Dominador de una técnica notable, dejó que la inspiración siguiera sus caminos, ni fijos ni señalados.

Y vamos al tema.

La

SOCIETE INTERNATIONALE
DES ORGANISTES
ET
MAITRES DE CHAPELLE
París

Hay muchas personas que ignoran la existencia de esta asociación internacional, que fué fundada y dirigida por Jules Vas-seur, el año 1881. Pues bien, esta sociedad, entre otras activida-

des diversas, desarrolló y fomentó los concursos de composición, con carácter internacional. Felipe Gorriti y Osambela fué miembro de esta corporación y tomó parte en siete concursos, obteniendo en todos ellos premios.

Su actuación en los mismos es el tema del presente trabajo.

En las diversas biografías, o por mejor decir, notas biográficas del maestro de Capilla de Santa María de Tolosa, se hace siempre mención de su intervención en estos certámenes; pero las referencias no son del todo fidedignas, ni poseen rigor científico; unas pecan por exceso, y las otras, por defecto. Don Eduardo Moco-roa, discípulo predilecto de Gorriti, y su sucesor en Santa María de Tolosa, tiene en su casa los ejemplares que la Sociedad de París editaba; ejemplares que Gorriti recibía como socio que era de esa entidad, y que contienen, respectivamente, las obras distinguidas con el premio de honor en los distintos concursos celebrados desde octubre de 1881 hasta fines de 1884. Están editados por A. Lissarrague, editor de origen vasco-francés, a no dudar, e impresos en la imprenta de Bertauts, Maurel, Succ. de París hasta el n.º 5 del año 1883-1884 pues desde esta fecha se imprimen en casa de Delauchy.

Con estos ejemplares a la vista, y después de un detenido estudio, puede uno justipreciar lo que estos concursos eran, y lo que Gorriti consiguió en ellos.

Cuando se lanza la especie de que Gorriti fué premiado en París siete veces y no se dice nada más, y esta afirmación que responde a una realidad innegable, no se hace más que repetirla como un sonsonete o un mal ripio, se adocena, se hace costumbre rutinaria y acaba por perder su valor. Esto ha acontecido con la presencia de Gorriti en los concursos de París. A fuerza de repetirla y no dar una noticia razonada de la misma, ha perdido importancia, y esto se traduce en la vida práctica en una pérdida de valoración, pues las gentes no le dan ninguna. Esta es la realidad.

¿Cómo eran los concursos a que venimos refiriéndonos? ¿Qué personas formaban el tribunal examinador? ¿Quiénes intervenían como concursantes?

Son éstas, preguntas que requieren contestación precisa y

veraz, pues las simples y escuetas respuestas a las mismas encierran la valoración intrínseca que el lector querrá conocer, acerca de las obras presentadas. Unicamente el curioso y ávido de saber, podrá, mediante un estudio analítico y técnico, llegar a una plenitud que le está vedada al lector corriente.

Los concursos se anunciaban con un mes de antelación, y en el anuncio se especificaba el tema base de la composición a realizar. Esta se entregaba en sobre cerrado, y una vez determinado el fallo del Jurado se devolvía a su autor, procediéndose a la edición de la obra premiada (1).

El Jurado de estos certámenes estaba constituido por los siguientes maestros: Th. Dubois, César Franck, Gigout, A. Guil-mant, Lefèvre-Niedermeyer (este último interpretó al órgano en el entierro de Chopin, ahora hace cien años, uno de los preludios del compositor polaco), Loret, Stenmann. ¿Ofrece garantía este Jurado? ¿Competencia? Estos nombres llenan cincuenta años de música religiosa universal, de 1865 a 1915.

Y ¿quiénes se presentaban a estos concursos? Gorriti (éste no cuenta para muchos), N. Ganne, Pierné, Messerer, Planchet, M. Rouher, Wagner, L. Boellmann, Deshayes, Laurent, Devred, F. de la Tombelle, Dazy, etc. etc. ¿Quiere algo más el lector? Estos nombres son los de los organistas más importantes de Francia de aquel entonces, y decir de Francia, es decir del mundo entero, pues esta nación ostenta el cetro de la música orgánica, y Pierné y Boellmann figuran en los programas de todos los recitales de órgano.

En estos concursos, y no en otros, es donde Gorriti obtiene cuatro premios y tres Primeras Menciones; y si fuese como los críticos a los que he aludido al principio de este trabajo, me metería en un mar brumoso e infinito de comparaciones, para no venir a decir nada más sustancial que la verdad escueta y sencilla: Gorriti, el triunfador de siete concursos musicales de París.

(1) Unicamente se editaba el premio, pues al segundo se le designaba con la palabra mención honorífica.

PEQUEÑA HISTORIA DE LOS CONCURSOS A LOS QUE
SE PRESENTO GORRITI.

El 14 de octubre de 1881 se celebró la primera reunión del Jurado calificador, para examinar los manuscritos del primer concurso. El fallo fué el que sigue:

Premio: L. Ganne.

1.^a Mención: F. Gorriti.

2.^a Mención: M. Messerer.

Obra a componer: Plegaria para Gran Organo.

El 12 de noviembre del mismo año, 1881, tuvo lugar el segundo certamen.

Premio: Felipe Gorriti.

Obra: «Sub Tuum Proesidium», para solo de Soprano o Tenor, con acompañamiento de órgano.

En el concurso del 19 de diciembre del mismo año, Gorriti no tomó parte, y el premio fué para Gabriel Pierné.

No sabemos el porqué, pero lo cierto es que, Gorriti no toma parte ni en el 4.^o ni en el 5.^o concurso, y sí en el sexto, que tuvo lugar el 20 de marzo de 1882, con el siguiente resultado:

Premio: Charles Magner.

1.^a Mención: F. Gorriti.

Obra: «Inviolata», Motete para tres voces mixtas con acompañamiento de órgano.

Concurso del 17 de mayo de 1882:

Premio: (por unanimidad) Marcel Rouher.

1.^a Mención: F. Gorriti.

2.^a Mención: P. Dazy,

Obra: «O Salutaris», para solo de Soprano, o Tenor, con acompañamiento de órgano.

A propósito de esta obra de Rouher, Gorriti le decía a Eduar-

do Mocoroa: «Ahí tienes; no tiene nada... pero me gusta». El suyo, es un alarde de modulación y contrapunto.

Concurso del 26 de junio del mismo año 1882:

Premio: (por unanimidad y con felicitación del jurado) Felipe Gorriti.

Ninguna Mención.

Obra: «Marcha Fúnebre», para Gran Organo.

Concurso del 12 de agosto de 1882:

(Creo que es de interés la publicación, en este trabajo, del reverso del ejemplar correspondiente a este concurso, pues Gorriti obtenía en el mismo, el tercer Premio, y el Jurado determinó lo que el lector paciente podrá ver a continuación).

«PROCES VERBAL DU 11 CONCOURS.

12 Août 1882.

5 Versets pour Magnificat

HUIT Manuscrits ont été soumis au Jury lors de sa dernière réunion:

Le Jury constate avec plaisir l'excellence du Concours; 6 Manuscrits sur huit sont d'une réelle valeur.

Prix, à l'unanimité: Mr. Felipe Gorriti, Organiste à Tolosa.

Première Mention, à l'unanimité: Mr. Deshayes...

Deuxième Mention, » Mr. Armand Tridemy...

Troisième » Mr. Th. V. Laurent...

Il décide (Le Jury) en outre que Mr. Gorriti, en raison de ses nombreux succès, continuera de prendre part aux Concours de la 1^{ère}, année à titre honorifique. Il serait souverainement ridicule de priver la Société d'un musicien de valeur. Toutefois, il ne lui sera décerné à l'avenir, comme à tout lauréat de 4 Concours d'une même année, s'il y a lieu, qu'un rappel de prix, et l'ouvre ne sera imprimée par la Société qu'autant que la pièce classée immédiatement après, serait d'une infériorité trop évidente. Le Jury pense en agissant ainsi faire acte de justice; encourager tous les Concurrents et ne pas priver la Société des éléments d'élite qu'elle possède.»

Si alguna vez ha hecho justicia un Jurado, realmente fué esta vez.

Los cinco versos para el «Magnificat en Do menor», son una pieza orgánica sin precedentes en la literatura española de este género.

¿Por qué no interpretan los organistas españoles esta obra de nuestro paisano?... Doctores tiene... Sí, pero a esto hay que contestar como Unamuno: «Como nadie les pregunta de estas cosas, se les ha olvidado».

Estos versos fueron editados por el propio Gorriti, en España, y además, dos de ellos, el 2.º—fuga— y el 5.º—final—están comprendidos en la Antología que hicieron los Hermanos Iruarri-zaga, y que se titula «Repertorio Orgánico Español». En esta misma obra se encuentra la Plegaria premiada el 14 de octubre de 1881, incompleta, pues le falta la primera parte: «Elevación». Finalmente, en la Antología que el Padre Otaño hizo de los organistas españoles contemporáneos, hay un Apéndice que contiene tres obras de organistas del siglo XIX, y una de ellas es la «Marcha Fúnebre», que fué premiada en estos concursos que estamos revisando.

Y por cierto, en la nota biográfica de Gorriti, y que me imagino estará escrita por Otaño, habla, como otros muchos autores, de que Gorriti era un gran organista. Esto es verdad a medias, y no hay mentira más peligrosa que ésta. Como la índole de este trabajo no es la de analizar la obra conjunta del gran maestro navarro, la dejo para mejor ocasión, pues tengo en preparación un estudio sobre la obra de Gorriti y su posición en la música española de su época y si no fuera una pedantería, su proyección en la universal. Esta obra verá la luz antes de mucho tiempo.

Pero a lo que íbamos: los organistas no tocan a Gorriti. ¿Por qué?

Hemos visto que Gorriti triunfó en toda la línea, y como consecuencia del último concurso no volvió a presentarse hasta el 10 de julio de 1883, y otra vez «diana».

Premio: Felipe Gorriti.

Obra: «Sanctus», a cuatro voces mixtas y órgano.

(Este Sanctus lo había compuesto Gorriti el año 1877 en Tolosa, y es una parte de la Misa en «Sí bemol»). Lo mandó a la buena de Dios, a ver qué fortuna hacía, y una vez más, el triunfo le sonrió.

Gorriti no volvió a presentarse más. Probablemente descansó. Tolosa le ofrecía sus paseos otoñales, camino de Ibarra, donde oía música de pinzones y ruiseñores, mientras el sol de otoño, camino del ocaso, doraba con sus rayos las más altas hojas de los árboles, y los violines del otoño sollozaban, como en la canción de otro músico: Verlaine.

Ahora venía la labor callada (pero siempre sonora en Gorriti) de la organistía de Tolosa. Le esperaba la inauguración del órgano que la Parroquia había adquirido. Una nueva Misa componía el Maestro para esa ocasión: la Misa en «Do mayor», obra en la que pone un empeño especialísimo, sobre todo, en los Kyries, verdadera obra maestra del género religioso, no igualada por ningún otro músico de su época, y en la cual, da rienda suelta a una fantasía y un saber, que emocionan y anonadan, pues hay momentos de una inspiración y sonoridad espléndidos.

Gorriti, el hombre que lleva su nombre y el de su tierra a la culta y refinada Francia, bien merece que se le tome en consideración, pues es autor de una gran obra: en el sentido de extensión y de calidad.

Felipe Gorriti y Osambela, hombre sencillo y afable, puso en su música lo que él era, sin ningún rodeo, perífrasis o barroquismo. Tuvo mala suerte. Los decretos de los puristas, le arrinconan, y sin embargo habló con la voz más sentida y más pura, y cantó a Dios, como El, en su infinita omnipotencia, le enseñó.

Músicos hubo, que estuvieron largos años en el olvido: Juan Sebastián Bach, Victoria, Lasso, etc. y han vuelto. Stendhal, y otros, también han vuelto; ¿no sucederá esto con Gorriti?

Al dedicar estas líneas a don Julio de Urquijo e Ibarra, paladín y caballero andante, defensor de otras personas vascas de ayer, pienso que mi desvelo e inquietud hacia la figura de Gorriti encontrará eco en quien luchó con tanto o más ahinco en materia no del todo lejana a ésta.

No hay que abandonar la lucha.